



CUERPOS Y EMOCIONES JUVENILES ANÁLISIS DE LAS SEXUALIDADES EN LAS DISCOTECAS DE LIMA¹

Jerjes Loayza

mxerexeslj@gmail.com

Universidad Ricardo Palma

RESUMEN

Las juventudes vienen atravesando una serie de problemáticas siendo el aspecto de la sexualidad en donde existen mayores y complejas dimensiones de interacción, aludiendo a una sexualidad simultánea y caracterizada por diversos rituales que se expresan a través del baile y del cortejo entre desconocidos en espacios reservados, supuestamente, para personas mayores de edad: discotecas visitadas por adolescentes que oscilan entre los 15 y 18 años de edad. Asimismo, por parte de las jóvenes mujeres, habrá un deseo de experimentar en constante conflicto con los valores que soportan ciertos comportamientos. Se concluye que la profundidad del problema en torno a la sexualidad juvenil es mucho más diverso y complejo de lo que se suele imaginar, siendo el estudio de los cuerpos y las emociones principal herramienta teórica para introducirnos a temas de interés social, económico y político.

PALABRAS CLAVE: sexualidad, juventudes, seducción, cuerpos y emociones.

YOUTHFUL BODIES AND EMOTIONS ANALYSIS OF SEXUALITIES IN THE DISCOTHEQUES OF LIMA

ABSTRACT

Youths are having a number of problem being the aspect of sexuality where there are major and complex dimensions of interaction, referring to a simultaneous sexuality and characterized by various rituals that are expressed through dance and courtship between strangers in reserved spaces, supposedly for seniors: nightclubs visited by teenagers between 15 and 18 years old. Also, by young women, there will be a desire to experience in constant conflict with the values that define certain behavior especially towards women. It is concluded that the depth of the problem about youth sexuality is much more diverse and complex than is often recognized, being the study of bodies and the main emotions theoretical tool to introduce such issues of social, economic and political interest.

KEYWORDS: sexuality, youth, seduction, bodies and emotions.

Recibido: Setiembre 2016 / Aprobado: Octubre 2016

¹ Investigación realizada durante el año 2015 con el auspicio de la Universidad Ricardo Palma.

Introducción

La sexualidad se ha convertido, hoy en día, en una práctica cuya motivación es enaltecida y retroalimentada por las imágenes, los discursos musicales, el cine, la televisión y en general las bases mismas de la sociedad occidental. En este contexto las juventudes que empiezan a tener nociones de sus cuerpos y sus emociones desde la adolescencia, son los y las más afectadas, puesto que sus prácticas podrían representar iniciaciones irresponsables sujetas a una necesidad de experimentar con sus cuerpos el goce sexual, aun cuando ello implique una serie de peligros. Es precisamente en base a ello que se habla de la emergencia y el riesgo en torno a lo juvenil. Este planteamiento propio de los estudios en desarrollo y demografía indican que la vulnerabilidad adolescente y juvenil radica en su constante exposición a la sexualidad, recrudesciendo en embarazos adolescentes no deseados y en la transmisión de infecciones sexuales.

Los proyectos y políticas públicas que se plantean parten de esta perspectiva para educar a los adolescentes, es decir encarrillarlos en un sentido esperado por los adultos, de modo que puedan enseñárseles a ser responsables para con sus cuerpos. Sin embargo poco o nada vale ello en la medida que dichos adolescentes ingeniarán una serie de salidas para poder seguir interactuando sexualmente con sus pares a través de discotecas diurnas que permiten el ingreso de menores de edad a bailes erotizados, tales como el «perreo». A ello se suman espacios diversos como los hogares desprovistos de vigilancia adulta o los parques desolados. Ingerir alcohol o incluso consumir drogas serán peligros constantes frente a lo cual las políticas educativas no saben cómo actuar, limitándose a incidir en las decisiones adolescentes de modo vertical, sin lugar al diálogo inter generacional.

No hay, sin embargo, investigaciones que desde su propio interior, puedan aludir un análisis comprensivo del mundo de la vida cotidiano adolescente. Con ello nos referimos a la profundidad de las entrevistas, de las etnografías y de técnicas biográficas que convivan con las expectativas juveniles. Para ello se aplicarían dos perspectivas teóricas: del cuerpo y las emociones, por un lado, y de género, por otro. Todo ello sin dejar de considerar que dicho tema se inscribiría en los estudios de la biopolítica. Es así que se ahonda en mujeres y hombres entre los 15 y 20 años de edad, en una recolección de datos realizada en el año 2015 de los 49 distritos de la ciudad de Lima y Callao, partiendo de sus espacios interactivos más concurridos, tales como discotecas y lugares de esparcimiento juvenil debidamente delimitados. Se busca analizar el mundo de la vida lúdica y sexual de los y las jóvenes en sus sectores más representativos, a través de las discotecas más concurridas y en su vida privada.

Para analizar los fenómenos sociales es conveniente otorgarle mayor relevancia al cuerpo y a las emociones. Hoy en día se vienen generando debates en torno a cómo acceder a la realidad que nos circunda desde la intersubjetividad de las emociones, sin embargo aún es insuficiente para comprender el complejo entramado de relaciones sociales, debido a cierto escepticismo en su contra, proliferando, en ciertos campos de las

ciencias sociales, dicotomías que imponen formas autoritarias de producir conocimiento. El presente estudio busca una aproximación a las emociones en sus aspectos biopolíticos analizando la sexualidad adolescente y las implicancias de este tópico en la vida cotidiana adolescente de hombres y mujeres entre 15 y 20 años de edad.

Es en esta edad, en efecto, en donde cada adolescente va vivenciando una serie de cambios corporales que son, a su vez, capitalizados a partir de su socialización para con sus propios pares. La inexperiencia, creencia en mitos, desconocimiento, imposición masculina sobre la femenina o el prejuicio adulto hacia los propios adolescentes, les llevará a experimentar una serie de riesgos y peligros en torno a la sexualidad que atentarán contra su vida psíquica y mental por un lado, y contra la construcción de su yo social. Con ello nos referimos tanto a la psicogénesis como a la sociogénesis de la sexualidad y la construcción del amor o sentimientos de pertenencia filial, que en esta edad es primordial de analizar y comprender, a fin de proponer políticas educativas, de salud y sociales a favor de la adolescencia peruana.

Ahondar en temas de corte sexual implicará introducirnos en la sexualidad de quienes deben obedecer sin emitir opinión alguna. La adolescencia masculina y femenina será un objeto de constante dominación por parte de la sociedad adulta. Ello no sería un problema si dicha verticalidad no fuera sino una fantasía colectiva por parte de la sociedad adulta céntrica. Las y los adolescentes construirán métodos y técnicas para llevar a cabo su descubrimiento sexual y amoroso en sus jóvenes vidas. Es lo que conocemos como el mundo de la clandestinidad juvenil. Emitir prohibiciones sin intentar saber lo que ocurre en el propio seno de la problemática inhibe cualquier intento de solución a los dilemas que se entretujan en torno a la adolescencia. Se busca plantear un debate capaz de elaborar puentes que aproximen transversalmente aspectos teóricos del cuerpo y las emociones hacia los diversos campos de acción a favor de la adolescencia. De esta manera se plantea elaborar herramientas intersubjetivas que eviten descuidar procesos tan cotidianos como comunes, con especial mención en aquellos vinculados con los procesos de aprendizaje sexual de los y las adolescentes.

A modo de justificación metodológica, se pretende enriquecer las estrategias para abordar las investigaciones juveniles, sumando al investigador o investigadora como parte del mundo que investiga, dependiendo en buena forma de una acuciosa y constante apertura a lo nuevo y lo diferente, además de una preparación adecuada basada en elementos dramáticos como la memoria emotiva. Pese a ello la rigurosidad no se deja de lado, evitando caer en un sociocentrismo que pierda de vista los objetivos iniciales. Éstas son amenazas que pueden ser neutralizadas con una direccionalidad basada en la definición concreta del problema de investigación, aunque ello no resta la posibilidad de que el problema vaya transformándose en algo no sólo diferente, sino aun más complejo.

Se considerará a la juventud como categoría de edad (entre quince y veinte años de edad) ya que es una perspectiva demográfica funcional a la identificación precisa de las juventudes. En este sentido, operará como una estrategia de entrada a la realidad juvenil reduciendo la carga de complejidad social que este grupo porta por sí mismo en

su relación con otros grupos sociales y ámbitos de acción diversos (Leyton, 2009: 48), ya que la juventud es aun un intervalo de edad mucho más amplio y relativo. Por ello es que se consideran algunos casos que rebasan los veinte años de edad, puesto que están en interacción importante con poblaciones de la edad que se eligen para los objetivos de la tesis. En suma se espera inaugurar un camino metodológico comprensivo que pueda ampliar el campo de análisis teórico de las ciencias sociales con un enfoque comprensivo.

Metodología

La metodología parte de un proceso que se inserta horizontalmente en la cultura juvenil, compartiendo con docenas de jóvenes, así como las redes amicales a la que ellos y ellas pertenecen. Se acudió a las juventudes desde una perspectiva integradora capaz de atender sus múltiples interacciones e intercomunicaciones. Nuestra investigación abordará las intersubjetividades tanto latentes como manifiestas en torno a las sexualidades de juventudes provenientes de la ciudad de Lima, incluyendo la Provincia Constitucional del Callao, siendo el intervalo de recolección de datos el año 2013-2015.

Muestra establecida y criterios para la selección de los sujetos de estudio

Se entablará una relación amical con cada actor y actora a investigar, de modo que el entorno a observar participativamente cuente con una constante colaboración propia de alguien perteneciente a un nicho cultural determinado. Habrá un acceso a sus cotidianidades, para lo cual el rol del investigador no tendrá relación con la naturaleza académica, por el contrario se adoptará la personalidad de un joven más en sus esquinas, y en sus discotecas, restaurantes, cines y parques, en sus casas y en caminatas prolongadas animadas por conversaciones comunes, atendiendo para ello diversos marcadores sociales de integración como atuendos, peinados, lenguajes, posturas y gestos; así como el consumo de gustos culturales, propios de los heterogéneos nichos culturales investigados, accediendo a la intersubjetividad juvenil, la cual si bien se aleja un tanto de la propia edad, es aun más escindida en cuanto a la experiencia de vida del investigador.

Para llevar a cabo la muestra se eligieron casos que soportan la hipótesis y casos que no. Para esta última muestra la técnica empleada no fue la etnográfica, sino la técnica biográfica, en donde se tiene las entrevistas a profundidad, historias de vida y las autobiografías. Se establece un mínimo de 60 entrevistas, entre hombres y mujeres. Los distritos elegidos deberán ocupar las cuatro zonas de Lima, así como la Provincia Constitucional del Callao.

Se postula una muestra intencional, donde se prioriza la profundidad acerca de la extensión, con la debida representatividad. Para efectos de la comprensión de los discursos, comportamientos, emociones e interacciones juveniles en sus interacciones diversas, se realiza la fase de recolección de datos con hombres y mujeres entre 15 y 20

años de edad —con algunas excepciones que, se explicará, responden a que comparten discursos, comportamientos y espacios, generalmente no van más allá de los 22 años— en el año 2015, atendiendo primordialmente al tipo de consumos al cual acceden, es decir concurrencia a discotecas.

Se realiza un trabajo de campo en las principales discotecas de las zonas más populares —tanto de clases sociales bajas, como medias altas— de la ciudad de Lima, ahondando en entrevistas en profundidad, historias de vida y etnografías múltiples. Dichos centros de esparcimiento juvenil se eligen gracias a lo concurrido de su público juvenil que funcionan en los distritos de Lince y Cercado de Lima (que representa el Centro de Lima) San Miguel (con asistencia de un público del Callao), San Juan de Lurigancho y Ate (que representa el Cono Este de Lima), Los Olivos y Comas (que representa a su vez el Cono Norte de Lima), y San Juan de Miraflores (en representación del Cono Sur de Lima).

A partir de dichas visitas se generó una amistad, en algunos casos profunda, en otras superficial o intermedia, para compartir otros espacios lúdicos diversos, tanto con hombres, como mujeres. Todo ello entre el año 2013 y el año 2015, con especial atención en los primeros meses del año 2015. Los actores elegidos para tales efectos, ofrecerán entera confianza, otorgándoles mayor profundidad y confianza a las entrevistas. No fueron hechas a sujetos anónimos, sino a amigos y amigas conseguidos a través del trabajo de campo etnográfico.

Instrumentos de investigación

- **Observación participante:** Proporciona descripciones, es decir discurso propio, del investigador. Etnografía de 6 meses.
- **Historias de vida:** Siguiendo la dinámica anterior, los actores y las actoras, quienes demostraron sumo interés en la investigación, relataron sus vidas y experiencias en torno a su sexualidad y sus experiencias amorosas, así como el nivel de importancia que tuvieron dichas situaciones en sus vidas. Se realizó tanto en hombres como en mujeres.

Resultados y discusión

¿Cuál es el atractivo de una discoteca? Basándome en esta interrogante, haré hincapié en las discotecas que funcionaron hasta la mitad del año 2016 durante las tardes, y que albergaron a grandes ingentes de público juvenil, en las diferentes partes de Lima. Para Claudia², asidua recurrente a una discoteca ubicada en Lince, durante el año 2013 y 2014, las discotecas tendrían un atractivo aunado a su experiencia singular:

2 Mujer de 17 años, perteneciente al distrito de Lince. Estudiante de un centro preuniversitario. Todos los nombres utilizados a continuación son seudónimos.

Me gusta el juego de luces, la música a todo volumen, que bailo, no es lo mismo en casa, lo he analizado creo, que es para que te vean o te evalúen, te diría que conocer chicos, pareciera que sí, pero no es tanto así, la idea es que sea cualquiera, no es por eso, si tiene que ver como la palomita que baila. Se siente rico que te hablen, como que te sientes egoísta, que llamas la atención, eres el foquito.

Para Claudia el poder convertirse en el centro de atención en un «foquito» que alumbre una discoteca que, si bien posee luces y un ruido muy estridente, aguarda un sitio muy importante para ella: el de las mujeres atractivas que serán deseadas por todos los hombres. La observarán, otros tantos la sacarán a bailar, y algunos intentarán conquistarla amorosamente. Claudia necesitaría la aprobación de ese otro generalizado que deriva en su estabilidad emocional. Llamamos «el otro generalizado» a la comunidad o grupo social organizado que proporciona al individuo su unidad de persona. La actitud del otro generalizado es la actitud de toda la comunidad (Mead, 1990: 184), en este caso, de un conglomerado masculino que podía ascender a 150 hombres entre los 15 y 20 años en un solo espacio. Para profundizar esta teoría, Érica³ explica las razones que la llevaron a disfrutar de una discoteca en horas de la tarde, en donde se bailarían, intensamente, el «perreo»:

Me gusta la música, la gente y el ambiente. Que la música sea electrónica, latín y reggae nada de cumbia o chicha. La gente que no tenga pinta de piraña, que se parezca a mi manera de ser, no a las bellacas. Y que el ambiente sea acogedor, divertido, que me anime a bailar. Quizá uno ve que los demás bailan y me desinhibo, sino me miran raro, empiezo a bailar la música, había química entre nosotros, nos dio ganas de bailar. Una disco me gusta, me llama la atención que sea gente amena.

Érica conceptúa cada elemento importante en una discoteca: la música, la gente y el ambiente. De estos tres los dos primeros tienen que ver con gustos personales, incluyendo el de rechazar a «pirañas», jóvenes que se caracterizaban por portar una vestimenta parecida a la de los artistas del regueaton. Ella no se percibía como una «bellaca» es decir aquellas mujeres que gustan de estos jóvenes y que comparten espacios comunes, tales como el lugar de residencia o el colegio. Asimismo, tendrán costumbres de vestir muy comunes entre ellas: ropas muy apretadas, de colores pasteles muchas veces, enseñando buena parte de su cintura, con una especie de trenza muy delgada que cruzaba su frente. Tendrán zapatillas blancas deportivas y los pantalones serán un tanto «focalizados», es decir con manchas blancas, en la parte trasera. Cuando Érica define el ambiente, lo vincula a las personas que también bailan a su alrededor.

Ahora nos dedicaremos a saber cómo empezaron sus actores bailar el «perreo» y el modo en que pudieron superar el malestar que podía tener el incorporar en sus cuerpos el contacto con el otro sexo, aun cuando se encuentre legitimado por el grupo amical más

3 Mujer de 19 años, perteneciente al distrito de San Martín de Porres.

cercano. Me concentraré en las mujeres, debido al intenso intercambio patriarcal al cual se ha acostumbrado la interacción sexual entre el hombre y la mujer en donde ellas no tienen mayor posibilidad de empoderamiento sexual que, al menos, le permita decidir desarrollar sus apetitos sexuales. El baile del «perreo» le devuelve un control sobre sí misma, aun al costo de convertirse en un objeto del deseo masculino. Carmen⁴, relata el modo en que empezó a «perrear» y de qué forma pudo tolerarlo:

La primera vez que baile reggaetón, creo que fue a los 12. No me incomodó porque lo baile con un amigo, pero la primera vez que baile pegado fue cuando me fui a la disco. Tenía 14 años. Me sentí rara, era la primera vez que bailaba así, no me acuerdo qué sentí. Me incomodó poco pero era normal porque es un baile y nada más. De ahí a que si el hombre se excita, no sé, lo que me incomodó de la primera vez que baile pegado fue porque era la primera vez que había ido a una disco, porque nunca había bailado con una persona extraña. Me incomodaba que se me pegue a mí... lo sentía muy cerca. Lo baile así... no sé porque todo mundo bailaba así.

Para Carmen la incomodidad del perreo radicaba en su impersonalidad. Pese a la sensación de excitación masculina, tildará de «normal» aquel proceso, pues forma parte de un baile, el cual es un ritual social, legimitado entre ella y sus semejantes. Si no hay reparo por parte de los demás, tampoco lo tendrá ella, aunque el proceso en sus inicios resulte difícil de tolerar. Se colocaría ella en el lugar del «otro generalizado», que representa las reacciones organizadas de todos los miembros del grupo, lo que guía y organiza las reacciones en un ser humano del cual se dirá que tiene carácter, en el sentido moral (Mead, 1990: 191). Sin embargo, no deja de existir cierto conflicto moral entre lo que el grupo etario define como normal y lo que el resto de la sociedad adulta establece como inmoral:

Carmen: Sí me incomodó porque le sentí su cosa al hombre.

Entrevistador: ¿Y cómo así seguiste bailando, cómo hiciste para que no te incomodara más?

Carmen: La costumbre pues.

Entrevistador: ¿Pero por qué te animaste a bailarlo por segunda vez?

Carmen: Porque a una fiesta se va a bailar.

Entrevistador: ¿Por qué no bailar cara a cara? ¿Por qué voltearse?

Carmen: Porque todos bailaban así, por eso lo hice. La segunda vez no bailé tan pegado, pero ellos se me pegaban. Si lo hacían demasiado yo me separaba y si insistían dejaba de bailar con ellos.

Entrevistador: ¿Cómo así te animaste a pegarte?

Carmen: Ah, porque se dio, porque era mi enamorado.

Entrevistador: ¿Pero luego cómo te animaste a bailarlo así con otros chicos?

4 Mujer de 18 años, perteneciente al distrito de San Juan de Lurigancho.

Carmen: Porque me pareció común y porque todo el mundo bailaba así. Pero ya no, se ve bien feo y no sé cómo pude bailar así, tal vez porque me gustó el chico con quien bailé.

Si bien Carmen reconocía el impacto que le produjo sentir a un hombre detrás de ella, fue la costumbre lo cual le permitió dejar de pensar en términos de su cuerpo individual y a pensar en torno a su cuerpo como entidad colectiva. Si a una fiesta «se va a bailar», ella aceptaría las reglas establecidas. En estos espacios se debe «perrear» o sentarse. Al bailar lo incorporó estos rituales como parte cotidiana del ejercicio juvenil lúdico. El ponerse en el lugar de los otros adoptando uno de los papeles o actitudes de aquéllos, no es simplemente uno de los distintos aspectos o expresiones de inteligencia o de conducta inteligente, sino que es la esencia misma de su carácter (Mead, 1990: 173). Por su parte Claudia relatará el impacto inicial que tuvo el baile del perreo en ella:

A los 15 años bailé mi primer reggaetón, qué asco, que música, que humilla a las mujeres, es sexualista, le vi solamente el sonido, el... qué hace, no la letra, sino el ritmo. Era una casa de un amigo del colegio, del salón, y del anterior año pasado, me dio cólera cuando me sacó a bailar, porque sentía como si dijera a sus amigos «mírenme, mírenme», se sentía tonto.

Claudia no puede negar que la primera vez en bailar el reggaetón, le pareció algo sucio, repulsivo debido a la humillación que ella sentía al tener que voltearse y satisfacer el deseo masculino, peor aún ser objetivada por este joven, para ganar un mayor status frente al resto de sus compañeros. Ello dado que el individuo se experimenta a sí mismo no de forma directa, sino indirecta, desde los puntos de vista de los otros miembros individuales del mismo grupo social o desde el punto de vista generalizado del grupo social, que representa el todo al cual este sujeto pertenece. Se convertirá en un objeto para sí sólo cuando adopte las actitudes de los otros hacia él, produciendo un involucramiento mutuo, tanto de ellos como de él. Dentro de un medio social o contexto de experiencia y conducta en que tanto él como ellos están involucrados (Mead, 1990). Además puede entenderse a partir de que hay algunas intimidades que pueden ser públicas: no toda manifestación de afecto, ni toda afirmación en términos de expresión de género o identidad sexual es replegada al ámbito de la intimidad, sino que por el contrario, hay algunas que revisten publicidad (Blanco, 2014) Ahora bien ¿qué sintió Claudia la primera vez que bailó el «perreo»?

La primera vez sí, lo sentía raro, me daba asco, decía. Creo que —lo hago— es porque las demás chicas lo hacen. Hay un punto en que los chicos saben que les dirás que no y sientes un corte, algo así, porque las demás chicas lo hacen, aparte que es parte del cuerpo humano... ¡pero es denigrante! Bailaba de vez en cuando, bailaba cara a cara, pero nada más, a veces estaba ebria y un chico se acercaba y no se iba, y yo, qué más da, que terminé la canción y luego me iba al baño —para evitar que me incomodara—... no

sé por qué, quería bailar, no lo sentía tampoco, sólo quería moverme, siento que puedo desenvolverme mejor (ebria), porque estando consciente no tienes la soltura.

No había sido ni preparada ni esperaba siquiera tener que desenvolverse en ese ámbito sexual ¿Por qué aceptar este intercambio tan incómodo? Ella sabía lo normal que era bailar de este modo, sus amigas lo hacían, en general «las chicas» lo hacían y negarse implicaría ser segregada del ejercicio lúdico. Aun así, no disminuye la denigración de la cual era objeto. Intentó bailar cara a cara, sin tener que entregar su cuerpo al deseo ajeno, sin embargo el alcohol le hacía soportar sus incomodidades. Soportaría el baile y esperaría a que acabe la canción, pero, una vez terminado, no pensaba intercambiar palabras con aquel joven que se sentía atraído hacia ella, incrementándose su interés por la excitación provocada por aquel cuerpo femenino que ahora huía del ejercicio erótico impersonal. Claudia deseaba moverse, desplegarse, bailar, no necesitaba de un hombre presionándola contra sí, sin embargo necesitaba «soltarse» y aceptar que el ritual incorporaba al hombre:

Lo he bailado dos veces así, una de esas fue en que el chico me empezaba a tocar y le aparte la mano y quería volver a tocar y sentía que movía para —que haya— más roce, y me alejaba y decía «oye mis amigos me llaman» y luego el chico me dijo «¿Qué dices, volvemos a bailar? Ya pues otra...». No, estoy cansad, le respondí. Y se quedaba buen rato, me acerqué a mi amigo y me apegué más a mi amigo para que se vaya.

El pretexto repetitivo de una mujer ante un hombre indeseable será el de «mis amigas me llaman». O mejor aún, buscan la protección de un hombre, un amigo que trunque los deseos de otro joven por desear entablar alguna conversación. Sólo un hombre puede hacer las veces de anulador de otro hombre. De otro modo el joven excitado, irá detrás de la mujer objetivada durante toda la tarde y noche que esté en la discoteca. Sin embargo ¿Por qué soportó bailar dicho «perreo»?

Creo que por vergüenza y no me fui porque ya estás ahí en el proceso, aparte que es un poco cómo lo van a ver los otros, tú sientes que te observan, como adolescente, se me da que están ahí. Lo bailaba en fiestas tipo casa, porque era mi amigo, es que hay una relación más de amistad. Si se da la oportunidad y estoy de buen humor si bailaba con extraños, o personas que me presentaban, que no eran ni desconocidos ni amigos. 8 veces habré bailado: algunas veces sí me excitaba, hay algunos que no van al mismo ritmo que tú, pero al ir se complementan, se siente mejor, habrán sido 2 o 3 que me hicieron sentir así. Al principio es incomodísimo, y se hace más ameno y no sexual, bailar con un amigo. Él era muy amable conmigo, tierno, siempre estaba dispuesto, era muy amable y muy simpático, te quedabas así —expresión de ternura— con sus gestos.

Ella prefería bailar con un amigo que le guste lo suficiente, para sentir que esa sexualidad que desprende su cuerpo, va acorde con la racionalidad de un hombre que conoce y que le gusta. Por otro lado, darle importancia a todo aquel que observa el baile, es someterse una vez más al «otro generalizado». Como Mead (1990) explica que adoptando la actitud del otro generalizado hacia él, le será posible pensar, porque sólo así puede darse el pensamiento, produciéndose sólo entonces un universo de raciocinio, tales como el sistema de significaciones sociales o comunes que el pensamiento presupone. Es importante entender cómo de esa forma la comunidad ejerce su control sobre el comportamiento de sus miembros individuales; emergiendo el proceso o comunidad social en el pensamiento del individuo (Mead, 1990). Por ello la construcción del yo consciente frente al mí social es muy importante para comprender los mecanismos intersubjetivos en que se desarrollan estos procesos sexuales:

Para que exista la responsabilidad consciente y haya experiencia nueva en el individuo, son necesarias dos fases: un «yo» consciente y un «mí» social, en donde el «yo» es la reacción del organismo a las actitudes de los otros; el «mí» es la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo. Las actitudes de los otros constituyen el «mí» organizado y luego uno reacciona hacia ellas como un «yo». (Mead, 1990: 202).

Sin embargo el modo de adscribirse al entorno del baile del «perreo» puede diferir, al no ocurrir, necesariamente por la mera presión masculina. Habrá ocasiones en las cuales a ellas no les importará que el hombre empiece a tocar su cuerpo y aprovecharán esta situación a su favor. Érica relatará sus emociones en torno al «perreo»:

Tenía 13 años cuando empecé a bailar reggaetón, cuando estaba en el colegio, sentía roche y vi que todos lo hacían. Baile con él, no sentí nada ¿Qué le pasa? me dije, pero lo veía como algo normal, me gustaba saber que podía excitarlo, ninguna de mis amigas se negaban, conocía a uno a medias, ahí sí lo sentí, me sentí deseada y que tenía poder, un poco me incomodó, luego me acostumbré. Trataba, veía a todos que bailaban, tenían que ver que no se ese momento, no bailaba bien, mi amiga me llevó a una discoteca de Lince, ahí me gustó, el chico me gustaba y nos besamos, siempre que me saca los veos, y si me gustan sí bailo, sino no. Me tocaba y me dejaba. Una vez no lo sentí, pero sí que fue creciendo de menos a más, siento que crece y que ya está —excitado— porque me empieza a tocar.

Saber que puede excitar a los que bailen con ella le daba mayor seguridad, mayor estabilidad emocional frente al impacto de ser presionada contra el sexo masculino. Tener un poder sobre aquel primer hombre que bailó con ella la hacía sentirse deseada y empoderada gracias al modo en que sabía que él era presa de la seducción producida por Érica. No existiría una relación patriarcal homogénea de aprovechamiento masculino sobre la

mujer, sino un hombre que se entrega por completo al placer que le es adjudicado por una mujer, quien a su vez decidió, en única instancia, bailar con él. Es el poder de la seducción, que se basa en la incertidumbre masculina, frente al poder femenino de elegir a sus parejas, de permitir que su cuerpo sea núcleo sexual masculino:

El ocaso del psicoanálisis y de la sexualidad como estructuras fuertes, (...) deja entrever otro universo (...) que no se interpreta ya en términos de relaciones psíquicas y psicológicas ni en términos de represión o de inconsciente, sino en términos de juego, de desafío, de relaciones duales y de estrategia de las apariencias: en términos de seducción —en absoluto en términos de oposiciones distintivas, sino de reversibilidad seductora— un universo donde lo femenino no es lo que opone a lo masculino, sino lo que reduce a lo masculino (Baudrillard, 1994: 15).

Baudrillard propone una pregunta muy certera para nuestro debate ¿Qué oponen las mujeres a la estructura falocéntrica en su movimiento de contestación?

Una autonomía, una diferencia, un deseo y un goce específicos, otro uso de su cuerpo, una palabra, una escritura —nunca la seducción—. Esta le avergüenza en cuanto puesta en escena artificial de su cuerpo, en cuanto destino de vasallaje y de prostitución. No entienden que la seducción representa el dominio del universo simbólico, mientras que el poder representa solo el dominio del universo real., la soberanía de la seducción no tiene medida común con la detentación del poder político o sexual (Baudrillard, 1994: 13).

Las mujeres desafían el reinado patriarcal, provocando que los hombres desesperen ante la necesidad de satisfacer esa sexualidad desbocada que, frente a otros que son satisfechos en una discoteca, dañará su salud mental y el equilibrio con las propias convenciones sociales, explotando en ejercicios de violencia. Es el caso de hombres que empiezan a pelear entre sí por el dominio de sacar primero a bailar a una mujer o que en pleno baile se pisan o tropiezan entre sí. El juego sexual se convierte en un simulacro performativo constante y complejo:

En ese sentido, el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción, por lo cual los actos gestos y realizaciones que parecen emanar de una determinada identidad de género, son performativos en el sentido que la esencia o la identidad que pretenden expresar son inventos fabricados y mantenidos mediante signos corpóreos y otros medios discursivos (Mattio, 2008: 87-88).

Esta performatividad del género será analizada de acuerdo a la recolección de datos, entrevistas y la teoría escogida. Precisamente son esos signos corpóreos junto a otros medios discursivos los que harán del género femenino y masculino, una constante reinención a través del «perreo». No hay «alguien» que acate una norma de género: la norma

de género es necesaria para que a uno se lo considere como «alguien», para llegar a ser alguien viable, ya que la formación del sujeto depende de la operación previa de las normas legitimantes de género (Mattio, 2008: 99). En las discotecas del «perreo», las mujeres imponen el poder de la satisfacción sexual, de acuerdo a su propia elección. Bailarán con quienes deseen, el tiempo que deseen o simplemente no bailarán con nadie. Bailarán con alguno desplegando mucha sensualidad a la vista de otros quienes verán la escena deseosos de compartir la misma suerte. Se relamerán y buscarán, casi corriendo, alguna mujer que desee bailar con ellos. Estarán al borde de la crisis emocional.

El caso de John⁵ expone sus temores y miedos frente al «perreo». Estudiante universitario y subempleado eventual, sentía una necesidad poderosa de ir a discotecas diurnas a «perrear». Sin embargo estaba marcado por la culpa y la humillación dada sus convicciones religiosas:

Pienso en Dios...no sé, pero no me considero una persona que no merezca su ayuda porque no soy perfecto, pero siempre le pido ayuda. Creo que mi peor pecado es la de todo el mundo, lujuria creo, bueno, porque voy a la discoteca. Yo era cristiano y practicaba mi religión, pero ya no mucho, aunque pienso volver como toda persona que se aleja de ese camino. Pero no siempre me siento mal cuando voy a «perrear», a veces salgo de la discoteca pensando en querer ser mejor, pero peor me siento cuando no bailo jajaja.

«Perrear» bloqueará sus perspectivas de futuro al punto de pensar que no es una buena persona. Sin embargo toda esa tristeza no se compara con la imposibilidad de no poder bailar. Incluso, en una búsqueda de satisfacerse a como dé lugar, cambió sus gustos por las mujeres, con la finalidad de complacer su sexualidad:

John: La verdad que en esa discoteca yo me caí, yo era de los tipos perfeccionistas. Oye tío pero cuando bailas perreo te vale (no tiene importancia) con quién bailes. Sigo siendo perfeccionista, no más que ya no tanto, si no me voy a quedar solo ¡aaah!, pero a la hora de la hora... todo pasa mejor jeje ese ratito cuando tas excitado...

Entrevistador⁶: Pero y si no ves una que te guste ¿no bailarás nada? Recuerda que tú te desesperas muy feo.

John: mmm tienes razón pero no sabes mis gustos tío, no son tan bonitas ahora no me importa que sea fea... pero alta está bien y si es chata, tiene que ser bonita, con una chata es rico «perrear».

Ser muy exigente disminuye las oportunidades de satisfacción sexual. Si decrecen las exigencias, desdibuja la mujer con quien baile y se limita a bailar fetichizando a la pareja

5 Hombre de 22 años de edad. Estudia en la Universidad Nacional Federico Villarreal.

6 Cabe destacar que tanto en este caso como en los demás, el considerarme como entrevistador no me pone en el papel de uno, ya que los diálogos de desarrollaron de modo amical sin finalidades específicas.

con quien esté. Inclusive, como parte de este proceso, John tendía a cerrar los ojos. Su desesperación al no bailar es tal que en ocasiones me comentó que se sentía muy triste, con una ansiedad que lo ponía al borde de la locura. Incluso se inhibe todo tipo de racionalidad mínima, ya que ni siquiera hay lugar para el diálogo: para él bailar con una mujer del modo en que se baila en el «perreo», que él define como «culear», no es momento propicio para conversar con ellas. Sólo se bailará, la excitación no debe ser interrumpida:

John: Nunca lo he hecho (hablar y perrear), antes sí, pero ahora, ya ni me atrevería.

Entrevistador: ¿Por qué antes sí y ahora no?

John: Supongo que me doy cuenta que no pasa nada. Porque les sacaba fono y al final no pasaba nada.

Entrevistador: ¿Pero por qué no les hablas, ellas no quieren o tú no quieres?

John: Mmm, no sé, creo que yo no quiero, pero ¿para qué?

Entrevistador: Para agregarlas al chat, para verlas otro día, no sé.

John: Sí, puede ser. No lo había pensado, o sea, le saco el correo ¿y qué más?

Entrevistador: Les hablas, intentas besarlas, no sé.

John: Yo nunca he hablado con lo que me estoy agarrando (besando), da roche, por lo menos a mi me da roche, o sea, estás culeándola y hablándole. No sé, ah, y le conversaría porque es mi amiga, y así no me darían ganas de perrearla.

Entrevistador: ¿O sea, tiene que ser desconocida?

John: Sí, bueno, me gustaría conocerla, pero para estar tranqui ps, o sea, cuando le conversas ya estás ps más sobrio, ya no vas a perrear, si no vas a hacer amigas.

Entrevistador: ¿Son algo así como mujeres que no hablan?

John: Bueno, ellas también te miran así, sí, algo así. No te miran como un amigo. Te miran como un perro, ahorita da ganas de hablarle, ser su amigo. Pero en ese ratito por lo menos, a mi no me nace. Aunque parece egoísta.

Entrevistador: Es normal si ambos piensan así ¿no?

John: No, pero tienes razón, pero ese ratito que perreas no lo ves así ps. Es como un trance, ps ¿no? Todo el mundo está culeando, no sé, es loco ah. Pero después si dan ganas... no sé. Bueno, puede ser, pero cómo saber que es primeriza, ahí te das con un chasco, o sea es la perdición, porque ahí nadie es fiel a nadie tío, las primerizas son más perras. Es el mundo de nadie.

John no se siente culpable, sabe que es egoísta por solo desear satisfacerse y no entablar mayor relación oral con ellas. De igual modo ellas también lo mirarían así, como a todos los hombres: como a un «perro». El trance por el cual pasa le hace muy difícil siquiera ordenar las ideas en su cabeza. «Nadie es fiel a nadie» dice con cierta tristeza, inclusive aquellas que podrían ser las menos experimentadas, para él son las «más perras», es decir las menos fieles o leales. John está decepcionado. Ir a perrear se limita a satisfacerse por instantes o momentos. No hay deseos de alargar más esa impersonal relación dado el temor a ser

rechazado, o el temor a racionalizar un momento únicamente sexual. Es la persecución de la simulación del coito.

No se arriesgará durante el baile ya que estará muy concentrado y tampoco después del baile, ya que ellas generalmente se irán al baño. En muy pocas ocasiones se quedarán con el joven con el que bailaron. O bien lo harán si este joven está invitándoles algún tipo de bebida alcohólica, o bien porque les gusta aquel joven. Sin embargo, las amigas jalarán del brazo a toda aquella que esté relegada en los brazos de algún joven que logró conquistarlas y arrancarles un beso, que se les denominarán «agarres». Con ello nos referiremos al momento en que se objetiviza al otro u otra, como si se agarra un objeto, del mismo modo que se agarra a un hombre o mujer para satisfacer una necesidad sexual, y una vez satisfecha, se suelta el objeto, en un intercambio de necesidades. Se trata pues de un ejercicio que, desde el manejo instrumental de las apariencias, oscila entre lo lúdico y lo cosificador (Loayza, 2011).

No hay salida para los hombres, deberán hacer esfuerzos mayúsculos si desean bailar, es decir ser aceptados por las mujeres que tienen el poder de ofertar su cuerpo a cambio de que aquel hombre que las invite a tal satisfacción mutua, sea de su agrado. El hombre es reducido a gozar y a encerrarse en una conminación de placer y de conquista (Baudrillard, 1994: 24). El ejemplo de cuán necesario es gozar, es el de un joven muy característico de la discoteca de Lince, Juanito⁷. Él acude a estas discotecas desde el año 2011 —año en que lo conocí—, inclusive perdió un ciclo en su instituto por ir diariamente a esta discoteca. Ha visitado otras discotecas famosas ubicadas en San Juan de Miraflores, Los Olivos y en el Centro de Lima, pero prefiere la de Lince, ya que él vive muy cerca. Ni siquiera sus deseos de satisfacción no lo abandonaron ante el fallecimiento de su hermana, tal como me comentaba un amigo en común, de estos espacios: *«El miércoles vi a Juanito, me dijo que va a volver a las canchas, ya me dijo que guardó dos meses algo así de luto, no sé pues weon, pero el miércoles que lo vi, me dijo que quiere volver a las canchas esta semana, fácil hoy fue.»*

Como se dijo, la desesperación lleva a los jóvenes, inclusive, a la violencia. Será en el momento en que suenen las canciones más estridentes del reggaetón en que podrán librarse peleas en la discoteca. El animador acudirá inmediatamente, exigiendo que apaguen la música y pongan salsa. «ustedes mismos la cagan, ¡ponme salsa!» dictamina a sabiendas que el «perreo» eleva los índices de violencia colectiva. De este modo los hombres, que a sabiendas de entornos de masculinidades hegemónicas, periféricas y cómplices, orientan su acción social en virtud de la interpretación que hacen de su contexto social, su acción, convertida en acción pragmática (Pérez, 2015).

Ello refuerza lo planteado por Baudrillard (1994: 24): El goce es reversible, pudiendo tener una intensidad superior en su ausencia o su negación, por lo mismo que cuando el fin sexual vuelve a ser aleatorio, surge algo que puede llamarse seducción o placer. Inclusive los vasos y jarras de vidrio son cambiados por vasos y jarras de plástico los días domingos en que más suena el reggaetón y en que el perreo es el principal atractivo. Pero los de-

7 Hombre de 23 años de edad, perteneciente al distrito de Cercado de Lima.

seos son sembrados en la propia discoteca. Serán aquellas discotecas en donde se baila el reggaetón con mayor desenvolvimiento corporal —y por ende un mayor despliegue de sexualidad— en donde pueden vislumbrarse mayores índices de violencia. A ello se le suma la oscuridad. Discotecas como Niza en Lince (desaparecida en el año 2016) o The Ruuf de San Juan de Lurigancho, son un ejemplo de clandestinidad sexual.

A ello se le suma la propia violencia ejercida contra la mujer. Los hombres en su gran desesperación pedirán a las mujeres poder bailar, les rogarán, implorarán, y en última instancia —o a veces en primera instancia, al haberlo interiorizado— las jalarán a la fuerza de los brazos, las caderas, o simplemente se colocarán a sus espaldas y empezarán a bailar automáticamente sin siquiera esperar a que las mujeres acepten. Este tipo de violencia contra las mujeres es reivindicado, en algunas ocasiones y en discotecas pertenecientes a zonas de mayor inseguridad, por ellas mismas, quienes aceptarán bailar.

En una discoteca de Los Olivos pude presenciar el modo en que entre todos los asistentes luchaban por bailar la mujer que mejor bailaba. Podía verse a una adolescente de 16 años, que era jaloneada de un brazo y del otro, mientras otro joven se aferraba a ella de la cintura y otros 3 más esperaban alguna oportunidad. El ganador fue el que se impuso ante todos, sujetando más fuerte a esta adolescente, llegando a apretarla contra sí, con lo cual ella empezó a bailar automáticamente. Raya en la mecánica de la evolución: *la tragedia de los comunes se produce cuando hay un recurso finito «público» o compartido que los individuos se sentirán tentados de explotar de manera egoísta más allá de la parte que le corresponde (como por ejemplo los peces comestibles). A menos que se llegue a acuerdos específicos y coercibles, el resultado tenderá a ser la destrucción del recurso* (Dennett, 2003: 174).

¿Con ello se vuelven a imponer modelos patriarcales de fuerza? Posiblemente refuerce ese sentido común en que ellas deben obedecer el canon masculino. Posiblemente es otra extensión del juego de seducción del cual forman parte. Se someterá por aquellos que cumplan con un mínimo de atractivo para ella. El acto de sacar a bailar a una mujer es un momento de angustia muy grande. Se podría decir, casi doloroso. Alguno esperará detrás de la mujer que desean sacar a bailar. Pero no es el único, hay al menos 5 hombres más que desearán invitarle a bailar. La preocupación en sus rostros, sus caminatas compulsivas buscando mujeres, se multiplican cuando empieza el reggaetón y no tienen pareja. Estos jóvenes seguirán buscando, correrán, se tropezarán, maldecirán. Al no poder bailar, deberán esperar que alguna mujer deje de bailar: serán pacientes, dolorosamente pacientes. Su espera es tan sufrible como lo expresaba John, pues deberán presenciar cómo otros colman sus ímpetus sexuales. Sobre esto podríamos dilucidar:

La peripecia esencial consiste en el tránsito de una lógica del placer, que es la del comienzo, en la que el hombre lleva la iniciativa, a una lógica del desafío y de la muerte, que corre a cargo de la mujer que se hace dueña del juego, mientras al principio no era más que objeto del sexo. El vuelco del valor/sexo hacia una lógica seductora y agónica se efectúa a través de lo femenino (Baudrillard, 1994: 47).

La dueña de este juego sexual es la mujer, no el hombre. La agonía producto de esta seducción de la sexualidad femenina, será sufrida por los hombres. Relato un ejemplo para ello. En una discoteca diurna del Centro de Lima una joven de 18 años aproximadamente, conversaba conmigo, cuando de pronto empezó a sonar el reggaetón. Un joven se acercó a invitarle a bailar. Ella se negó. El volvió a insistir. Ella lo volvió a rechazar. Él en el límite de su cordura la cogió del brazo y casi suplicando repetía una y otra vez «ya pe amiga, ya pe, baila, baila, baila», su súplica era tan descontrolada que empezó a salivar y sin darse cuenta la saliva caía encima de la joven. Ella horrorizada le gritó que se fuera, con lo cual el joven, dándose cuenta de que sería imposible bailar con ella decidió retirarse, pues perdía tiempo y debía buscar otra pareja. En este sentido, lo masculino se esforzará por subsistir:

Lo femenino precisamente no como sexo, sino como forma transversal de todo sexo, y de todo poder, como forma secreta y virulenta de la insexualidad (...) lo masculino no ha sido más que residual, una formación secundaria y frágil, que hay que defender a fuerza de baluartes, de instituciones, de artificios. La fortaleza fálica presenta, en efecto, todos los signos de la fortaleza, es decir de la debilidad. Subsiste solo escudándose en una sexualidad manifiesta, en una finalidad del sexo que se agota en la reproducción o en el goce (...) el único sexo es el femenino y el masculino no existe más que por un esfuerzo sobrehumano para conseguirlo. Un instante de distracción y cae en lo femenino (...) ese estado en suma excéntrico, paradójico, paranoico y cansado que es el masculino (Baudrillard, 1994: 22).

Un rey del perreo, Luis⁸, quien solía tener relaciones sexuales con cuantas mujeres desee, poco a poco fue haciéndose mi amigo, al ver mis capacidades para simpatizar con mujeres que tanto a él como a los otros conquistadores sexuales, les parecían deseables. Luis, aun hoy en día sigue acudiendo a estas discotecas a sus 28 años, y cada vez que me ve no duda en conversar conmigo y comentarme novedades en su vida. No aparenta la edad que tiene, sumado a su atractivo, confía en que puede seguir extendiendo sus conquistas sexuales y, más aun, seguir «punteando», como él lo establece, a cuanta mujer desee. Luis, entre tantas conversaciones que sostuvimos en las discotecas o en las caminatas al salir de alguna, relataba:

Cuando ellas la sienten dura, les gusta. No se mueven de ahí tío. Se quedan hasta que se te baje. Weon, no te miento, ya sabes que vengo con ropa de baño para que la sientan más, porque con jean ni cagando la sentirían. Apenas perrean y sienten la pinga ¡no se mueven!, pero si se te baja porque se te vino o simplemente se te bajó, weon, se quitan te dicen que se van con sus amigas o que se cansaron. ¡Así te cagan estas perras!

8 Hombre de 28 años de edad, perteneciente al distrito de San Borja. Estudia en la Universidad de Lima.

Si él no perrear les produciría un gran malestar, el ser abandonado por no cumplir con las expectativas sexuales de las jóvenes, sería otra amenaza más que debían enfrentar los hombres. A ello se le suma el no saber bailar lo suficientemente bien. En la discoteca de Lince una joven de 19 años me instó al modo que se debía bailar «perreo», corrigiendo mi mal desempeño:

Tienes que coger así, ¿ves? —repetía mientras ponía los brazos en el aire, como quien levanta una pesada caja del suelo— coges así a la mujer, de su trasero, y empiezas a levantarlo y bajarlo, haces eso una y otra vez pues, ¡pero la levantas con fuerza! ¡Así se perrea!

La actora en mención da cuenta del modo en que la sensibilidad está ligada al cuerpo, a la materialidad, al par *afecto-afección* y a las «situaciones de encuentro» permanentes entre el sujeto y el mundo (Genovesi, 2013: 264), dado que construye y reconstruye su sexualidad a partir del encuentro con el «otro» en la discoteca. A decir de Genovesi (2013) son situaciones que «forman», que «moldean», que «humanizan» a los «sentidos sensibles» y a los «sentidos espirituales o prácticos» del sujeto y lo conducen a ser, a actuar, a pensar y a sentir de X manera.

Hay casos en los cuales, los jóvenes, en el límite de su paciencia, recibirán tantas veces la negativa a bailar que empezarán a mascullar sus maldiciones en voz alta a la propia joven que se atreve a rechazarlas. Desde un «¡basura!» hasta un «¡perra!», pueden ser los términos a los que se refieran estos jóvenes. Puede oírse un «fea de mierda, ¿qué te crees?». Pregunté, en algunas ocasiones, a las jóvenes a quienes estaba acompañando cuando les decían estos epítetos al momento en que rechazaban a los jóvenes. Ellas, sin la menor molestia o incomodidad, me decían con respecto al hombre que insultaba: "nada, está loco". Acostumbradas a ese tipo de disconformidad masculina, no les afectaría, ya que el poder de la seducción que poseen no podría rivalizar con simples enunciaciones de algunos jóvenes incapaces de lograr sus cometidos. Citando una vez más a Baudrillard, comprendamos mejor qué nos refiere lo femenino en este contexto:

Ya sea lo femenino sujeto u objeto, liberado o prostituido, de todos modos la mujer se presenta como conminación de sexo, voracidad abierta, devoración (...) en una sexualidad vuelta problemática porque está conminada a demostrarse y a manifestarse sin interrupciones, la posición marcada, masculina, es frágil. El sexo femenino es igual a sí mismo: en su disponibilidad, en su apertura, en su grado cero. Esta continuidad de lo femenino, proposición a la intermitencia de lo masculino, basta para asegurar una superioridad definitiva en la representación orgánica del goce, en lo infinito del sexo que se ha vuelto nuestra dimensión fantasmática (Baudrillard, 1994: 31).

Obligado a mantenerse erecto por un lado, obligado a luchar con otros hombres por las pocas mujeres accesibles, y obligado a estar a la merced de la aprobación femenina, el

hombre deberá partir de su propia fragilidad. La continuidad de lo femenino le hará bailar con uno, y cuando se aburra le dirá que está cansada o que ya tiene que irse. Pero apenas deje de bailar, recibirá la oferta de otros tantos jóvenes: ella volverá a bailar con aquel que elija. No habrán condiciones para las mujeres, al menos no para la mayoría. El hombre en cambio dependerá por entero de ellas. Todo este proceso de sexualidad desbocada sería una simulación sexual denominada «perreo». Una simulación que, sin embargo, tiene consecuencias directas tanto en las mujeres como en los hombres:

No hay otra realidad que la segregada por los modelos de simulación, como no hay otra feminidad que la de las apariencias. La simulación, es también insoluble. Esta curiosa coincidencia devuelve lo femenino a su ambigüedad: es al mismo tiempo un testimonio radical de simulación, y la única posibilidad de ir más allá de la simulación – precisamente con la seducción (Baudrillard, 1994: 18).

Los jóvenes deberán prestarse al juego de la seducción impuesto por el perreo que ellos mismos ovacionaron a su llegada. Ese perreo que los obliga a ir a discotecas en horas de estudio, a faltar a sus trabajos, a engañar en sus hogares, a descuidar su preparación para postular a alguna universidad o, simplemente, como un continuo asistente, en desmedro de alguna meta a corto plazo en su vida. Un famoso usuario a quien todos conocían como Gokú⁹ era, acaso, el más antiguo de todos. Iba a diversas discotecas de «perreo» a lo largo de Lima durante varios días de la semana. Era incansable y era difícil no verlo. Lo conocí en el año 2010. Asistía con buzo negro (acaso para desenvolverse mejor al bailar o para hacerse sentir mejor al momento de «perrear») un polo sin mangas apretado para hacer gala de sus músculos, los cabellos parados y siempre con una géstica en la que saluda hacia su alrededor mientras baila, aunque en realidad no salude a nadie y lo haga como medio de verse bien frente al resto. Incluso alguien como él y otros tantos, no podían negar estar al servicio de esa seducción por la cual abandonarían la posibilidad de tener el control, pues con los años disminuye la posibilidad de elegir con quiénes bailar.

Lo femenino, entonces, no es solamente seducción, es también desafío a lo masculino por ser el sexo, por asumir el monopolio del sexo y del placer, desafío para llegar al cabo de su hegemonía y ejercerla hasta la muerte (Baudrillard, 1994: 27). Las propias mujeres se autodenominarán como «bellacas», un modo mediante el cual ciertos jóvenes de estatus económicos y sociales superiores utilizarán para menospreciarlas. Pero aquellas jóvenes, y en especial adolescentes entre los 15 y 18 años, se sentirán orgullosas de este epíteto. Entiéndase lo siguiente: las desconstrucciones juveniles son incesantes, siendo capaces de trazar una línea entre lo que era una princesa —damicela de la corte, aristocrática, fina y educada— a una bellaca —sin educación, del pueblo, pobre y agresiva—. Es un modo de reinventar el propio género, un apoderarse del lenguaje como el medio de representación y producción, tratarlo como un instrumento que invariablemente construye

9 Hombre de, aproximadamente 26 años de edad.

el campo de los cuerpos y que debería usarse para desconstruir y reconstruir los cuerpos fuera de las categorías opresoras del sexo (Mattio, 2008: 83). Estos discursos resignifican la propia realidad juvenil.

Las relaciones de género marcan notablemente a las juventudes que hoy en día vienen desarrollándose cultural, social y políticamente. A la larga, la crítica de Castoriadis resultaría sumamente beneficiosa para nuestro análisis de la juventud, del modo en que podemos apreciar los resultados ¿cuán útil nos es reducir a la juventud a una simple categorización dicotómica del deseo que expresan y a su represión?

En realidad se reduce la sociedad al deseo y a su represión, sin detenerse a explicar la diferencia entre objetos y formas del deseo, ni asombrarse ante esta extraña división del deseo en deseo y deseo de represión del deseo —que según ellas, debe caracterizar la mayor parte de las sociedades—, la posibilidad de esta división y las razones de su emergencia (Castoriadis, 1989: 15).

Hemos analizado los objetos y las formas del deseo juvenil, atendiendo a las notables relaciones de género que se estructuran en la interacción sexual que se desarrollan en las discotecas más representativas de Lima. No hay lugar para extrañarse, condenar o voltear el rostro frente a manifestaciones que se suceden varios días en horas de la tarde y de la noche.

Conclusiones

Por un lado, en el aspecto metodológico, las técnicas cualitativas empleadas permitieron ahondar aun mucho más en los diversos mundos de la vida cotidiana juveniles a los cuales los objetivos de esta tesis se aproximaron. Éstas exigieron un nivel de confianza que aunque sea muy relativo el establecerlas, se percibe cómo cobra importancia la inserción vivencial del propio investigador. Sin ello, la recolección de datos no hubiera arrojado datos lo suficientemente reveladores ni sinceros de cada actor y actora. Ser parte de aquel mundo que se transforma en el propio, desterrando los prejuicios o la sensación de superioridad o diferencia hacia ellos. Ser uno más, que rescate esa riqueza etnográfica más allá de la recolección de datos. Vivencias que son parte de la propia vivencia, cuya honestidad pueda traslucirse en la confianza depositada en el investigador, y en la confianza que el investigador deposita en ellos y ellas. Es permanecer radicado en esa frontera entre los mundos de la vida, estar tanto *allá* como *acá*.

Se ha establecido un análisis detenido de cómo los espacios lúdicos en las discotecas, vienen performando comportamientos, personalidades y decisiones juveniles. Estos espacios son núcleos de interacciones juveniles muy importantes, siendo su música, sus bailes y las letras que estos acompañan, actores tan importantes como las instituciones

familiares, educativas y políticas. Sus ambiciones sexuales son tan poderosas como cualquier otro objetivo profesional o académico. Mejor dicho, es simultáneo al resto de objetivos. Convive con ellos, mas no puede ser anulado. Los espacios juveniles por excelencia nos dan numerosas lecciones. En primer lugar que la familia y la educación puede sentirse amenazada ante las interacciones de pares con las que conviven semanalmente en espacios tan ruidosos, tan llenos de energías, con despliegues sexuales en bailes tan excitantes como placenteros. En estos espacios se recrean peleas, disturbios, accidentes y una clara pérdida de valores solidarios a la búsqueda de la mera satisfacción que nunca será satisfecha, puesto que se trata de una simulación infinita del deseo. Vivimos tiempos fragmentados: se trata de una identificación que cobra un sentido de individualidad en la diferencia, superando la estratificación y movilidad de raza y estamento. Los vínculos performativos dan cuenta de una realidad social flexible y simultánea. Es el escenario en donde las juventudes saben desenvolverse muy bien, aunque dichos rituales tengan elevados costos de conflicto.

Referencias bibliográficas

- BAUDRILLARD, J. (1994). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
- BLANCO, R. (2014). Intimidades públicas, experiencia estudiantil y normatividad sexo genérica en las instituciones universitarias. En *Intersticios* v. 8, n. 1. pp. 157-170.
- CASTORIADIS, C. (1989). *La institución imaginaria de la Sociedad, Tomo II*. Barcelona: Tuquets Editores.
- DENNET, D. (2003). *La evolución de la libertad*. Barcelona: Paidós.
- GENOVESI, M. (2013). Las condiciones materiales de la afectividad, aportes para una epistemología de la afectividad. En Rafael Sánchez (comp.) *Sentidos y sensibilidades, exploraciones sociológicas sobre cuerpo y emociones*. pp. 243-265.
- LEYTON, Daniel (2009). Jóvenes. Una aproximación para abordar los problemas de la inclusión y reproducción social juvenil». En *Intersticios* Vol. 3 (1) <http://www.intersticios.es>
- LOAYZA, J. (2011). *Juventud y clandestinidad en Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos.
- MATTIO, E. (2008). Identidades inestables. Performatividad y radicalismo *queer* en Judith Butler. En SCHICKENDANTZ, C. (ed.) *Memoria, identidades inestables y erotismo. Textos sobre género y feminismos*. Córdoba: EDUCC.
- MEAD, G. (1990). *Espíritu, persona y sociedad*. México: Paidós Studio.
- PÉREZ, V. (2015). Las masculinidades, una visión desde el enfoque dramaturgico de Goffman. En *Espacio Abierto*, v. 24, n.1. pp. 29-44.